VÍCTOR BALAGUER

LA MUERTE DE NERON

TRAGEDIA EN UN ACTO ESCRITA EN VERSO CATALAN.

PUESTA EN VERSO CASTELLANO

POR

D. FRANCISCO LUIS DE RETES



MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
CALLE DE LA AMNISTÍA, 12

LA MUERTE DE NERON.

Imprenta Central á cargo de Víctor Saiz. Colegiata, 6.

LA
MUERTE DE NERON

TRAGEDIA EN UN ACTO, ESCRITA EN VERSO CATALAN

POR

D. VÌCTOR BALAGUER

Y PUESTA EN VERSO CASTELLANO

POR

D. FRANCISCO LUIS DE RETES

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

PERSONAJES.

NERON.
FAON.
ESPORO.
LA SOMBRA DE AGRIPINA.
LA SOMBRA DE POPPEA.
LA SOMBRA DE SÉNECA.
OTRAS SOMBRAS.

La cueva llamada de Locusta, cerca de la casa del liberto Faon, situada entre la vía Salaria y la Nomentana, á cuatro millas de Roma: Sólo hay una puerta, que es por la que entran y salen los personajes, y ninguna otra abertura: A la derecha del espectador un banco de piedra:

LA MUERTE DE NERON

NERON.—FAON.

Entran en escena llevando Faon una tea encendida, con la cual se alumbra débilmente la estancia, y que clava en un garfio de la pared. Neron viste de túnica y se cubre con un manto. Al entrar se quita el velo con que lleva oculto el rostro.

FAON.

En salvo estamos ya: la gruta es esta,
y el peligro pasó, señor.

NERON.

¿Y Esporo?

FAON.

Fuera velando está.

NERON.

Cuando de Roma

salia, el viento levantóme el velo,
y un hombre que pasaba saludóme.

FAON.

Fué Missicio, un soldado pretoriano;
le conocí.

NERON.

¿Nos venderá?

FAON.

¿Qué importa
que nos venda si al fin el rastro pierden?
Seguro estais, señor. (En ademan de irse.)
Torno al instante.
(Da algunos pasos para salir.)

NERON.

¿Me dejas solo?

FAON.

A preparar la casa
voy, para que sin ser de nadie visto
podais entrar en ella. Vuelvo al punto.

NERON. (Llamándole.)

¡Faon!

FAON.

¡Señor!

NERON.

¿No tiene otra salida
esta caverna?

FAON. (Señalando á la puerta.)

No, ni hay otra estancia.

NERON.

¡Cuán triste, cuán medrosa y cuán oscura!
La antorcha no disipa las tinieblas,
y aquí se aspira un aire de sepulcro.

(Pausa: Faon, al ver que Neron no le dirige la palabra, se dispone á salir, pero cerca ya de la puerta retrocede al oirse llamar.)

¡Faon!

FAON.

¡Señor!

NERON.

¿La cueva es de tu casa?

FAON.

De mi huerto; la casa está á cien pasos.
Dícese por el vulgo que esta cueva
fué un dia de Locusta.

(Pausa: al convencerse de que Neron no le dirige la palabra, Faon se va.)

NERON

(Permanece unos instantes pensativo, y luego, como obedeciendo á un pensamiento interior, exclama):

¡De Locusta!
¡La cueva de Locusta! Parecióme
conocer el lugar. ¡Ah! ¡pronto, huyamos!

(Llamando en voz baja primero y más alto despues. El eco de la gruta repite confusamente el nombre de Faon.)

¡Faon! ¡Faon! Se fué, se fué; me engañan,
me venden todos los que á mí se acercan.
¡Solo aquí y en la cueva de Locusta!
¿Tienes miedo, Neron? ¡Miedo! Tuviéronle;
de él le tuvieron el Senado, el pueblo,
el mundo que á sus piés se estremecia.
¡Miedo yo! ¡miedo yo! ¿Puede sentirle,
puede tenerle aquel que vió las frentes
más soberbias y altivas inclinarse
al fuego de sus ojos; el que estatuas
y templos tiene sobre la haz del mundo
como tienen los Dioses; á quien presta
respetuoso homenaje el mismo Apolo,
el soberano Dios del arte y canto?
¿Quién más grande ni en crímenes ni en gloria?
Yo todo lo gocé, todo fué mio:
el imperio del mar y de la tierra,
de la vida y la muerte el arbitraje;
ninguno, ni los mismos Dioses tienen
ni más poder que yo ni más valía.
Quise un dia un palacio de oro y jaspe,
y brotó de la tierra por encanto.
Quise tambien que el mar llegase á Roma,
y el mar llegó; y ambicionando fiero
un mar de fuego como el otro de agua,
ví sin cesar seis dias, siete noches,

por el viento rodando el mar hirviente
que con sus llamas circundaba á Roma.
Codicié ser histrion y ser artista,
y yo el primer artista fuí del mundo.
Ser fiera quise, y la rojiza arena
que en el sangriento circo se revuelve
otra no vió más ruda y sanguinaria!
Quise hacerme mujer, mujer he sido.
¿Quién logró más que yo? Toda la tierra
me aclamaba á mis plantas sometida;
nubes de incienso en pueblos y en ciudades
en mi loor se alzaban y en mi gloria;
doblábase mi frente bajo el peso
de lauro tánto, y hasta el aire mismo
á tan alto clamor se enrarecia.
Aquí vinieron á rendirme párias
el Cántabro aguerrido, el de la Iberia
morador indomable, el sutíl Griego,
el hijo rudo de las pardas nieblas
esforzado Breton, Persas, Armenios
blanco Frison de cabellera roja,
el tostado habitante del Egipto,
los Indios del mar Rojo y negros Arabes,
viviendo alegres en la densa atmósfera
de polvo y fango que al pasar alzaba
con las ebúrneas ruedas de mi carro.

Llena la tierra está de mis festines,
y no olvidará el mundo mis orgías
mientras quede en el mundo sólo un hombre.
Todo grande fué en mí, todo. En Acaya
traté de abrir el istmo de Corinto;
en Nápoles canté miéntras la tierra
se abria y los palacios derrumbábanse;
intenté hacer un mar de Roma á Ostia;
la Grecia me ha aplaudido en sus teatros;
yo fuí rey del teatro y rey del mundo;
y cuando empavesadas mis galeras
de oro y marfil surcaban por el Tíber,
las arenosas márgenes ardian
en luminarias, músicas y danzas
llenaban de rumor el vago viento,
y allí, desnudas, como están las Diosas,
las matronas romanas á mis ojos
radiantes de belleza aparecian.
Todo lo hago y lo sé, todo: de un barco
supe hacer un sepulcro; de unas flores
un tósigo, y un cónsul de un liberto:
un dia una vestal fué mi manceba,
y otro dia un eunuco fué mi esposa.
¿Cómo quien hizo tanto y hará tanto
tendrá miedo en la cueva de Locusta?
Locusta y yo nos conocemos. De ella

antiguo amigo soy. Tambien conozco
esta gruta; aquí mismo, cierto dia,
aquí donde ahora estoy, bien lo recuerdo,
hablaba yo á Locusta. Aquella tarde
al reino de Pluton bajó Británico..

(Al pronunciar estas últimas palabras siente un estremecimiento recorrer todo su cuerpo, y cambia rápidamente de entonacion é idea.)

¿Por qué me habrán traido á esta caverna?
Mejor fuera otro sitio. (Gritando) ¡Esporo, Esporo!
¡Faon! No me oyen, voyme.

(Da algunos pasos con intencion de salir; pero se detiene.)

No: dirian
que tuve miedo. (Se sienta en el banco de piedra.)
Los espero

(Queda algunos momentos pensativo; pero de pronto, como respondiendo á las ideas que hierven en su imaginacion, exclama con frenesí.)

¡Oh Vindex!
¡Oh Galva! si algun dia entre mis manos
os llego á ver...

(Cruza de pronto otra idea por su mente, y deteniéndose en medio de la frase, dice con repentina postracion.)

Mas ¡ah! ¡sueño! ¡deliro!
Neron está perdido para siempre;
ántes que la existencia faltó el trono.

Roma no te verá. Si por lo ménos
el Imperio de Oriente me dejaran;
si por lo ménos diérame el Senado
una isla, en la isla viviria:
en todas partes el artista vive.

(Se levanta de pronto, y se vuelve á oir un rumor extraño en el fondo de la cueva, que está completamente á oscuras)

¿Qué hay en aquel rincon? Me ha parecido
oir rumor.

(Alzando la voz y dirigiéndola al sitio oscuro, donde fija sus miradas.)

¿Quién va? Nadie contesta;
voy á ver...

(Va á echar mano á la tea para dirigirse al sitio oscuro, pero se detiene,)

Corazon, ¿por qué palpitas?
¿qué detiene mi planta? ¿por qué tiemblo?
¿por qué me inundo de sudor? Parece
que de la antorcha á la dudosa llama
veo vagar allí sombras confusas.

(Mirando siempre hácia el sitio oscuro,)

Alguien se mueve allí. Pasos escucho
y voces que se extinguen.

(Pausa: Neron escucha atentamente.)

No, silencio,

silencio sepulcral.—Ya no oigo nada
sino el latir del corazon; mis sienes
arden, mi frente estalla, y tengo apénas
aire que respirar. ¿Si los traidores
me habrán traido aquí para enterrarme
en un sepulcro vivo? En esta gruta
los recuerdos se agolpan á mi mente.
¿Será el remordimiento que me asalta?
Remordimientos, ¡ah! vana quimera,
palabra vana. ¡Yo remordimientos!
¿Y de qué? ¡De mis crímenes! ¿Qué es crímen?
¡Explícalo, Locusta!

(Vuelve á oirse ruido en el rincon oscuro.)

Ya no dudo;
allí hay alguien. Allí veo una sombra;
toma cuerpo, se acerca!

(Se empieza á ver salir una sombra luminosa, que va tomando la forma de una mujer.)

Sortilegios,
magias, ficciones, nada me conmueve;
el corazon me sobra para todo.
¿Quién es el necio que imagina acaso
que hay otro corazon igual al mio?

(Aparece ya clara y distinta la forma de Agripina, que avanza con una espada desnuda en la mano.)

NERON.—LA SOMBRA DE AGRIPINA.

NERON.

¿Quién eres tú?

AGRIPINA.

¿Quién soy? Mira, tu madre;
y si no te lo dicen mis facciones
ni el corazon, diránlo de mi seno
las heridas, y el hierro ensangrentado
que fué á buscar el sitio en las entrañas
que llevaron un dia al parricida.
¡Soy tu madre, Neron!

(Importa que el actor se fije en esta escena, y se haga cargo de la verdadera situacion y del estado de ánimo en que Neron se encuentra. Este se siente sobrecogido, aterrado, al ver alzarse la sombra, y al ver que es la sombra de su madre: pero puede en él más la fuerza de voluntad para aparentar y decir lo que realmente no es y no siente en su interior.)

NERON.

Si eres mi madre
y recuerdas mis crímenes, recuerda
los tuyos á la vez. Tu desenfreno
manchó con sus livianas impurezas
de la familia real todos los tálamos.
Tú, que vestida voluptuosamente,

á buscarme venías incestuosa,
del festin en el báquico desórden,
cuando el vino mi mente perturbaba.
Tú eres mi madre, dices; tú mi madre;
si eres mi madre tú, torna al Averno.

(Desde el momento de empezar á hablar Neron, la sombra de Agripina ha ido desapareciendo poco á poco hasta extinguirse.)

No es crímen dar al criminal castigo.
¿Y Bruto? ¿Para cuándo se conservan
las virtudes antiguas? ¿No, los Dioses
sus derechos me dieron, y en el mundo
soy Dios, soy inmortal? Si la justicia
es hermana del crímen, ¿quién me acusa?

(En el mismo sitio donde desapareció la sombra de Agripina se levanta la de Poppéa. Neron, dominando siempre sus sentimientos interiores, la contempla fijamente, y con aparente tranquilidad la ve formarse, aparecer y tomar cuerpo.)

NERON.—LA SOMBRA DE POPPÉA.

POPPÉA.

¿Sabes quién soy, Neron?

(Neron aparenta gran frialdad, y le dice como si hablar á un mortal.)

NERON.

Sí, eres Poppéa.

POPPÉA.

¡Tu víctima! Los lúgubres sepulcros
por voluntad de los supremos Dioses
se abrieron, y tus víctimas se juntan
hoy para maldecirte.

NERON.

Ví á mi madre
y ahora te veo á tí. ¿No vendrán otros?

POPPÉA.

Tus horas ¡oh Neron! están contadas.
¿Olvidaste el oráculo de Delfos?
¿No fué ayer cuando abriéndose las puertas
del mausoleo, sin tocarlas nadie,
una voz te llamó? Neron, inclina
tu altiva frente, tu soberbia doma.
Tus víctimas del fondo de sus tumbas
el anatema eterno aquí te traen.

NERON.

Ni víctimas, ni sombras, ni amenazas,
ni terremotos, conturbarme pueden;
todo entero y en pié, Neron lo espera.
¿Venís á maldecirme tú y mi madre?
No, no podeis salir de los sepulcros
para lanzarme el anatema; todo
lo tuviste, Poppéa, menos alma;
recto y honrado corazon, tú fuiste

la que infiltró en el mio apasionado
el primer pensamiento parricida;
tú me impulsaste al crimen; tú, que ántes
de ser mia ¡oh baldon! fuíste de todos,
tú no puedes venir á maldecirme.

(Mientras habla Neron, sin que él al pronto lo advierta, comienzan á aparecer las sombras que Séneca ha de ir nombrando luego. Por el momento las sombras se quedan en el fondo del teatro. Solo se adelanta la de Séneca, que se interpone entre Poppéa y Neron al terminar este.)

NERON.—LA SOMBRA DE POPPÉA.—LA DE SÉNECA.—TODAS LAS DEMAS SOMBRAS.

SÉNECA.

¿Ni yo?

NERON.

Ni tú, ¿qué piensas? ni tú ¡oh Séneca!
Te conozco tambien; tú el de las falsas
virtudes; tú que me adiestraste un dia
en groseras intrigas, y á los vicios
como á un lecho de rosas me llevaste;
maestro en latrocinios, que á mi costa
adquiriste riquezas y tesoros.
¡Atrás todos! ¡Atrás! sombras inícuas,
¿creeis acaso que en mi pecho late

corazon femenil? Neron os reta.
Paso á Neron. Tornad á los abismos;
están bien muertos los que muertos fueron.
Crímenes, sortilegios y maldades,
y ludibrios, me burlo yo de todo;
soy Neron, y Neron todo lo afronta.
Aquel que supo acostumbrar á un hombre
á comer carne viva, aquel que intenta
luchar con un leon, no se acobarda
de muertos, de fantasmas ni de sombras.
¡No, no hay un corazon igual al mio!
¡Soy inmortal! ¡Soy Dios! ¡Paso dejadme!
¡Paso á Neron! ¡Atrás, sombras precitas!

SÉNECA.

Ni eres Dios, ni inmortal. Eres un monstruo
á quien la tierra trémula de espanto
sostiene con horror. Torna la vista.

(Las sombras se han acercado sin rumor, y Neron se encuentra de repente rodeado de ellas. Séneca le va señalando las que están en primer término. Neron, vencido ya, dejándose dominar por sus sentimientos internos, comienza á dar muestras de terror, que aumenta al fulminar la sombra de Séneca su anatema y al repetirlo las otras.)

De Pison, de Poppéa, de tu madre,
de Octavia la infeliz, del inocente
Británico, de Séneca y Paulina,
De Lucano, de Syla y de cien otras

víctimas tuyas, los sangrientos manes
á la hora de tu muerte se aparecen.
¿Piensas que vivo estás? ¡fatal engaño!
Ya fuiste, ya no eres: de tu vida
cortan el hilo las severas Parcas,
y el Tártaro te aguarda; sólo un soplo
de vida se te da, para que á juicio
tus víctimas te llamen. ¡Anatema,
anatema á Neron, al miserable,
al impío, al sacrílego, al falsario
que no respeta á los que muertos fueron
por su mano crüel, ni sus cenizas,
y á quien ni áun de su madre la medrosa
sombra sangrienta conmoverle pudo!
¡Víctimas no vengadas, anatema
al que todo lo holló bajo sus plantas,
honor, virtud y religion! ¡Maldito
el tirano, el malvado, el parricida
incestuoso y adúltero, el infame
con la lepra apestado de los vicios,
y con el cuerpo y corazon llagados,
de los gusanos hondo pudridero!
¡Sombras! la hora llegó de la justicia.
¡Anatema al incrédulo, al indigno;
anatema en la tierra y en el cielo,
y que los cielos y la tierra nieguen

á su sombra lugar, como no sea
en las cavernas lóbregas del Tártaro!
¡Vaya á las Gemonias su cadáver;
que su execrado nombre por los siglos
nombre sea de horror, maldad é infamia,
y que al hablar de un monstruo sanguinario
«*¡Es un Neron!*» repitan los mortales!

SOMBRAS.

¡Anatema á Neron!

(Las sombras desaparecen á los ojos del espectador, pero no á los de Neron para quien quedan visibles. Neron queda confuso y aterrado.)

NERON.

¡Horror! me aterra
ese grito infernal: ¿qué quereis, sombras?
Por compasion, decidlo, torcedores
del corazon, impíos, implacables.
Yo haré, por aplacaros, sacrificios
sin cuento á vuestros manes irritados,
y aras os alzaré de mármol y oro
donde expiatorias víctimas, cada hora,
dia y noche, en magnífico holocausto
de sangre viertan abundoso rio.
Yo un mausoleo os alzaré, y un templo
que admiracion de los futuros sea;
pondré vuestras cenizas venerables
en urnas de oro; en lámparas de plata

siempre ante ellas ardiendo los perfumes
de la Arabia estarán; pero, ¡ay! al ménos,
que no se cumpla el bárbaro anatema
que pesa sobre mí como una losa,
como una losa sepulcral de plomo,
que no se rompa de mi vida el hilo
y que piedad de mí tengan las Parcas.
¡Yo os lo ruego! ¿me oís? Soy el artista
más grande que vió el mundo, y si yo muero
huérfano y despoblado el mundo queda.

(Neron se dirige á las sombras como si las viera todavía.)

¡Ah! ¿no quereis? ¡huid, huid, oh sombras!
no me mireis así.

(Dirigiéndose á los sitios donde cree ver las sombras que va nombrando.)

¡Oh, tú, tú, Octavia,
de mis víctimas todas la más noble
y la más inocente! ¡Oh, tú, Británico,
infortunado jóven! ¡Ah! yo imploro
vuestro perdon; de hinojos os suplico
que aparteis de mi frente el anatema
fatal, que el triste corazon me abrasa.
¡Oh víctimas, perdon, misericordia!

(Neron cree ver que las sombras se apartan indignadas.)

¡Huyen de mí! ¡No quieren, no responden!
¿Qué puedo yo hacer más? Siento la muerte

que se acerca.

(Hace un movimiento brusco como si le pareciera sentir que alguien le toca.)

¿Quién pone en mí la mano?
¿quién es el que me oprime la garganta?
¿quién es? ¿quién es? ¿De quién son esas uñas
que se hunden en mi pecho y me destrozan?

(Llamando, en medio de su delirio.)

¡Faon! ¡perdon! ¡yo muero! ¡Miserables!
¡Faon! ¡Faon! No me oyen. Siempre, siempre
conmigo aquí, sin desasirme de ellas.
¡Faon! ¡Faon! Me queman sus miradas,
me desgarran sus manos. ¡Ay, yo muero!

(Cae desvanecido.)

NERON.—FAON.

FAON. (entrando precipitadamente.)

¡Señor! ¿En dónde estais? ¡Señor!

(Ve á Neron en el suelo y se apresura á socorrerle: Neron comienza á volver en sí.)

NERON.

¿Tú eres?

¡Ah, Faon! ¿Eres tú? ¡Cuánto tardaste!

(Atrayendo hácia sí á Faon, le pregunta con voz baja y misteriosa, sin atreverse á volver el rostro.)

¿Partieron ya las sombras?

FAON.

¿Cuáles?

NERON.

Ellas.

(Señalando y sin mirar al sitio en donde aparecieron las sombras.)

¿Qué ves allí?

FAON (mirando.)

Yo, nada.

NERON.

Y por la gruta
alrededor, ¿qué ves? ¡Mira bien, mira!

FAON.

Nada veo.

NERON.

¿No ves?

(Se decide, aunque con temor, á pasar la vista por la cueva.)

¡Ay! han partido;
partieron sin alzarme el anatema.

(Se levanta con el auxilio de Faon.)

Voy á morir, Faon.

FAON.

¡Señor!

NERON.

Contadas
tengo mis horas; ellas lo dijeron:
las Parcas cortan de mi vida el hilo.

(Estremeciéndose de repente y señalando la puerta de la cueva.)

Siento rumor.

FAON.

Esporo, que aquí llega.

NERON.—FAON.—ESPORO.

NERON.

(A Esporo con gran ternura.)

¡Esporo, amigo fiel!

ESPORO.

Señor.

NERON.

¡Esporo!
á despedirme ven; contadas tengo
mis horas ya.

ESPORO.

¿Sabeis la nueva entónces?

NERON.

¡La nueva! ¿cuál?

ESPORO.

Pues que Faon lo dijo,
todo lo sabeis ya.

NERON.

¿Qué sé?

ESPORO.

Os declaran
de la patria enemigo, y os condenan
á morir azotado.

NERON (dando un grito de horror.)

¡Ah! no hay remedio,
no hay remedio; dijéronlo las sombras.

ESPORO.

Gente á buscaros el Senado envía,
y pronto llegarán: donde estais saben.

NERON.

(Despues de haber permanecido pensativo unos instantes, dice como dirigiéndose á sí propio.)

Ya ha terminado de tu vida el sueño,
Neron; valor: ¿no eres Neron? ¿qué esperas?

(Dirigiéndose á Faon y á Esporo.)

No han de cogerme vivo, no; la fosa
abrid aquí los dos para enterrarme.
Si tengo que morir, de ellos me libro.
¿Verdad, Faon?

FAON.

Señor...

NERON.

Dime, ¿no es cierto,
mi Esporo, no es verdad?

ESPORO.

Neron...

NERON.

Sí, mira,
aquí el puñal está; ¿lo ves?

(Enseña un puñal que lleva escondido debajo de su túnica, hace ademan de herirse con él, lo blande, se detiene.)

¡Oh, Júpiter!
dí, ¿por qué lo permites? y tú, Apolo,
¿tú puedes consentir que Neron muera?
¡Un inmortal! ¡qué artista pierde el mundo!

(Faon, que se ha acercado á la puerta y escucha, dice de pronto.)

FAON.

¡Señor, creo que llegan!

NERON.

¡Ah, ya vienen!
valor, pues; valor, pues. Neron, anímate;
Faon, Esporo, amigos, sí, vosotros
de mi cadáver cuidareis. Mi tumba
que sea un portentoso monumento
que admiren las naciones venideras,
de mármoles, de pórfidos, de jaspes,
los más preciados que la Grecia cria,
para que diga el mundo: Estos despojos
son del artista aquel que recitaba
los versos griegos como nadie pudo.

ESPORO.

¡Señor, señor!

NERON.

Ya voy; mi suerte es esa.
Los Hados lo han querido; ya voy, sombras,
mi término ha llegado; ya voy, Parcas.
Faon, adios. Adios por siempre, Esporo.
(Se hunde el puñal en la garganta, y cae.)

ESPORO.

(Con un grito de dolor y desesperacion.)

Ha muerto!

FAON. (Inclinando su cuerpo.)

Aún no.

ESPORO.

¡Neron!...

FAON.

¡Pasos escucho!

No me engañaron, no: ¡son ellos! vienen.

(Se dirige á la puerta y escucha.)

ESPORO.

Son ellos.

(Miéntras los dos se han dirigido á la puerta, Neron se incorpora, Faon al volver el rostro lo ve, y lo señala á Esporo.)

FAON.

¡Ah, Neron!

ESPORO.

¡No ha muerto!

FAON.

¡Mira!

(Neron hace un esfuerzo para levantarse, y luchando con su agonía, declama con entonacion trémula y fatigosa el siguiente verso griego.)

NERON.

«Ya el galopar de los caballos siento.»

(Cae muerto.)

FAON.

¡Murió!

ESPORO. (Desesperado.)

¡Neron, Neron!

(Volviéndose hácia la puerta donde se supone que van á entrar los perseguidores de Neron.)

¡Venid ahora!

(Cae el telon.)
